



# Difícil de explicar

Isabel Delgado

Carmen Lucía Melián

Amalia Saray López

## **Libro “Difícil de explicar”**

*El título de una historia algo compleja que solo se puede entender por razón propia y viviendo la vida misma.*

**Isabel Delgado Pérez**

**Carmen Lucía Melián Delgado**

**Amalia Saray López González**

# Capítulo I

Icod De Los Vinos

## *Papas guisadas con mojo canario*

### INGREDIENTES

**1 kg de papas**

**2 l. de agua**

**2 puñados de sal para las papas**

**1 manojo de perejil**

**1 cucharadita de sal**

**3 dientes de ajo**

**½ vaso de aceite**

### Manera de hacerse:

*Las papas deben ponerse en un caldero con agua y la sal justa. Se enciende el fogón y cuando este empiece a hervir, se le añaden las papas sin pelar pero bien lavadas. A la hora de hacer el mojo picón se debe picar en pequeños trozos de pimienta normal y aplastarlos en un almirez o cuenca para mezclar los condimentos. Luego, se le añade aceite, una pizquita de sal, trocitos de ajo y pimienta roja. Todo ello se machaca y remueve hasta que quede una masa líquida. Por último se le añade lo segundo más picante en este planeta, después de los mosquitos en verano, la pimienta palmera.*

La mamá, Nonna, siempre nos hacía este tipo de plato para los almuerzos en familia. Se ha convertido en una costumbre cenarlas todos los domingos después de su fallecimiento. El esófago de Demitria ya está acostumbrado al picante, pero su corazón nunca se acostumbrará al arrepentimiento de decir “te quiero”. La familia, por parte de Nonna, siempre estuvo en quiebra, pero lo último que se perdía en la familia era la dignidad y la esperanza. Y era un hecho que en cada cena se dijera “Lo último que se pierde en la familia es la esperanza y la dignidad”.

Nonna tenía ya el cabello blanco a temprana edad, tan blanco como la nieve en plena nevada. Había perdido el color de la piel y del cabello pero nunca perdió el color azul claro de sus ojos, los cuales tenían un azul tan profundo como el negro propio.

Aún no había terminado de dar todo el amor cuando murió y es que, Nonna había nacido para amar. Su simpatía irradiaba como el sol en el patio de un colegio, su amabilidad y gentileza nunca tenían límites. Pero lo que más amaban de Nonna era su enorme sonrisa, nunca acababa. Era un viaje desde un lado a otro de su boca del que nunca regresarías disgustado. Lo que realmente caracterizaba a la familia Bethencourt eran sus ojos. El pueblo los admiraba e incluso envidiaba, por ello tenían que mantener una buena posición social.

Nonna, Demitria aún niña, para no maltratar sus pequeños pensamientos sobre la muerte de su madre, ella decía que intentara mirar lo más que pudiera la bombilla dorada del horno de un blanco resplandeciente mientras uno de sus pasteles se hacía. No tardaba mucho más de tres segundos en quitar la mirada y le preguntaba siempre por qué la hacía mirar algo que dolía.

– Exacto, duele, pero la luz es preciosa. El dolor es humano, Demitria. Sin las emociones en general no sé qué seríamos. Y como a todo, le tenemos miedo porque no lo podemos controlar, es algo que realmente parece dentro de ti como una melodía que nunca llegas a escuchar. Y no necesitas silencio para oír la melodía, sólo necesitas escucharte a ti misma, Demitria. Te diré algo, me enamoré de tu padre cuando él estaba casado y eso en aquella época era lo más parecido al pecado, pero nos arriesgamos. Tuvimos el amor más apasionado y verdadero que hasta los mejores escritores envidiarían, porque nosotros nos expresábamos con silencios y no con palabras. Lo miraba como si fuera la luz más brillante y esplendorosa del universo, hasta que tan pronto como empezó, acabó. Tu padre me había encandilado tanto que creó que me quemara. Él regresó con su esposa y, no sé si por amor o por rebeldía, había huido de España mucho antes de yo poder despedirme. Como todo en la vida, Demitria, dolió. Pero lo que más dolió fuera que me dejara el corazón desudo sin pleno aviso. No vine para encontrar el amor verdadero, ni para hacer grandes cosas o construir una máquina del tiempo, vine al mundo para amar a mis hijos y a mis nietos. No es el título el comienzo de la historia, Demitria, tenlo siempre claro.

Y solamente con eso no hizo falta nunca que Demitria volviera a mirar las pequeñas bombillas del horno, ya no se conformaba con eso. Ahora quería mirar a lo grande. Las noches las pasaba junto a su balcón admirando el cielo oscuro lleno de bombillitas y cada una con una historia.

Demitria era de una genética bastante compleja. Su cuerpo no medía más de un metro setenta y su delgadez había aumentado con el paso de los años como un fósforo que consume poco a poco. Su mandíbula era fuerte y cuadrada, casi podía cortar si se rozara con un dedo, pero sus labios no eran así, tenía unos labios rosados, grandes y suaves y si sonreía no sabías donde empezaba la sonrisa porque te perdías en sus preciosas perlas. La edad le había pasado factura, pero seguía teniendo esos pómulos que todo el mundo miraba con interés. Su nariz era tan pequeña como sus

ojos. Esas dos esferas tenían una profundidad de la cual nunca podrías salir si te cayeras en ellos. Eran un azul tan claro como el mar de El Caribe, a los que ningún hombre se resistiría a nadar en ellos. En cuanto a su personalidad no cuadraba con su físico. Su trabajo la había consumido, no tenía amor para dar. La muerte de Nonna la había secado por dentro, no le quedaban lágrimas que derramar y como consecuente se volvió una persona fría y sin sentimientos que le importaran. No había comparación con su niñez, tenía un alma limpia y libre, era graciosa y tan transparente como el agua.

Todo empezó una tarde cálida de verano, los niños salían corriendo de sus casas para jugar en el parque y las madres iban a dar sus clases de yoga en el centro donde el profesor estaba mejor entrenado que sus propios maridos. Demitria no hacía nada de eso, ella salía del trabajo a las tres y media de la tarde para, como siempre, ir a casa de su padre a comer con él. Al observar a las mujeres cruzar por el paso de peatones creía que en pleno siglo XX las cosas estaban muy mal. Ellas se comportaban como refinadas y femeninas, pero era todo fachada. Esas mujeres eran falsas como la piel de zorro que vendía el gitano que venía los jueves al pueblo. Demitria no veía corazón ni empatía en ninguna de ellas, y quizás después de la muerte de la luz del pueblo, lo que era su madre, la familia Bethencourt había pasado desapercibida. Ya no era la misma vitalidad y cariño que se tenía en el pueblo. Todo había cambiado.

Demitria se encontraba en un semáforo; había esperado a que se pusiera en verde dando señal de paso a vehículos, pero como toda persona siente, hay tentaciones en la vida. Para cuando Demitria había acelerado estaba aún en rojo, debido a su inagotable prisa. Y como un leopardo corriendo para cazar en plena hambruna, corrió con su Renault 8 de 1976. Una auténtica maravilla en aquella época, algo que causaba escándalo y perplejidad entre el vecindario. Su fama no duró mucho cuando Demitria se le había escapado el pedal de freno y estalló contra el árbol de la calle de enfrente. El coche había sido destrozado pero en ese momento no fue esa la preocupación. Para los espectadores todo había ido a cámara lenta, y mientras unos llamaban a emergencias otros salían con hachas a romper la puerta y sacar a Demitria de su interior. Pronto ya no reconocía rostros, la habían sacado del interior de su anterior resplandeciente coche, a Demitria se le cerraban los ojos mientras caía en un profundo sueño, el oído acompañó a la vista y con ello todo su cuerpo. Demitria no mostraba dolor y es que había caído en coma. Lo último que veía era una luz blanca, lo más parecido a la bombilla de aquel horno.

Demitria estaba en una silla en plena oscuridad, una silla vieja con arañazos y que cojeaba y todo a su alrededor estaba oscuro. Vestía exactamente lo mismo que en el accidente pero no entendía qué hacía allí. Para cuando estaba a punto de echarse a llorar oyó algo muy lejos, casi un susurro inaudible pero algo que la calmaba porque no

la hacía sentir realmente sola. Prestó atención a la voz fina y sencilla que le hablaba, mientras ella estaba intentando descifrar como un manual, qué decía.

– ¿Estás bien, cariño? Te encuentras en el hospital de La Candelaria, pero tranquila no te pasa nada, sólo estás cansada. – Le decía una mujer de unos sesenta y pocos años, la cual su tranquilidad le hacía respirar calmadamente. Pero todo eso acabó cuando Demitria intentó despertar y no pudo. Así que sencillamente esperó a una respuesta, pero nadie le respondía. Todo lo que oía era eco. Su propio eco.

Pasaron horas y había escuchado otra vez aquella voz, pero ya no hablaba con ella, hablaba con más voces, y en aquel oscuro cuarto había tenido tiempo de diferenciar las voces que oía.

– Está en coma profundo, además tiene un traumatismo, hay que hacerle una resonancia de pecho para asegurarnos de que nada va mal ya que no puede dar señales de dolor y también un TAC. Y, por favor, análisis de sangre. – Decía la señora de voz pacífica. Demitria no la oía, la escuchaba, necesitaba que le hablara a ella.

– Dicen que su familia es la familia Bethencourt. Hablan de que ella había dejado todo atrás por un hombre e incluso que echó a su hermana de su casa. – Cuchicheaban las enfermeras. Pero para cuando ella quería seguir oyendo qué criticaban de su familia alguien dispersó ese corro donde hablaban las enfermeras.

– Hola, me llamo Guacimara, señorita Bethencourt. La atenderé personalmente mientras su caso siga aquí. Me preguntará, “¿qué hace usted hablando con una mujer en coma que no sabe si la oye?”. Pues verá, siempre he creído en el alma de las personas y usted tiene algo que irradia muy fuerte. No voy a creer ninguna historieta que me cuenten más que la que me cuente usted. No se preocupe de las palabras, se me da bien escuchar el silencio. Verá, he visto salir muchas cosas de aquí y he visto no salir nada bueno e incluso alguien. Llevo toda mi vida estudiando medicina pero la medicina no te prepara para un cáncer terminal o el fallecimiento de un niño, ¿sabe? Nada te prepara para lo que de verdad hay ahí fuera pero, estar aquí dentro te enseña a valorar lo que hay ahí fuera. Y creo que eso es lo único que me llevo de aquí.

No la mareo más que seguro tiene ganas de descansar. Hasta mañana, señorita Demitria. – Y con esto, Demitria supo que ya era entrada la noche. Pero qué rápido se pasa el tiempo ahí dentro.

Un recuerdo de un olor haría que Demitria, inestable y confusa, estuviera pensando toda la noche el primer error del que se arrepentiría si no salía de allí. Las “Papas con Mojo” de Nonna una tarde de almuerzo le habían quedado exageradamente saladas. Se debió al dolor tan grande que llevaban dentro esa tarde de invierno. En el comedor no se hablaba, no se escuchaba nada tanto que si una pluma cayera se oiría como las pisoteadas de un elefante. Solamente se encontraban



en el salón ella y su hermano, Beneharo. Él era un hombre de pocas palabras, callado como un mudo. No opinaba ni dejaba su pensamiento a flote en una conversación. Era sereno y tranquilo, todo lo contrario a Demitria. Desde la muerte de su esposa, se secó. Él la amaba tanto como a su propia vida, era su camino y el aire que respiraba. Tenía los mismos ojos de Demitria y su misma figura, aunque el pelo largo de Beneharo era negro azabache como el cielo al oscurecer. Tenía una ligera barba que amenazaba con salir de sus poros faciales y unos labios largos y definidos, era tan hermoso como sus dos hermanas.

Se sentaron a almorzar ellos dos solos. El rostro de Beneharo había cambiado a peor, su piel morena ahora era paliducha y había cambiado totalmente su humor, a peor. Estaba tan roto por dentro como el día en que murió su mujer. Su mirada era gris, ya no irradiaba alegría ni ningún sentimiento que no fuera melancolía. Seguían comiendo de lo que había preparado Demitria corriendo, para prepararse para el peor día que hubiera existido jamás. Y es muy seguro que ambos cambiarían su puesto por el de Acorán, el hijo de Beneharo, en ese momento.

– Todo es tu culpa, Beneharo. – Susurró entre lágrimas Demitria, sin ni siquiera mirarle a la cara. Solo movía la comida de un lado al otro del plato. La sangre les corría muy rápido y se les estañaban enfriando las manos pero la cara les ardía y los ojos también. Amenazaron con salir cascadas de sus ojos pero la ira era peor que la tristeza después de haber comido.

– ¿Por qué mi culpa? Yo quise a mi hijo muchísimo más de lo que tú quieres a los tuyos.

– Yo amo a mis hijos. Tú jamás le prestaste atención cuando siquiera te fuiste a trabajar al extranjero. No lo llamaste nunca. ¿Sabes lo que le dolió? Si hubieras estado aquí jamás hubiera ido a ese edificio en construcción y nunca hubiera perdido la vida ahí. Pero te preocupaste más del dinero que de tu hijo. – estalló de ira Demitria. Sus ojos lloraban la sangre. Sangre perdida en el accidente de Acorán.

– ¡Jamás repitas que yo no amé a mi hijo! Lo amé, lo amo y lo amaré más que cualquier otro padre. No tienes corazón. Nunca lo tuviste y espero que jamás lo tengas porque eso solo crearía ilusiones a los que te quieren para luego hacerles daño. La única que te quiso fue mamá y porque eras su hija. – Con esto dicho, Beneharo tiró el plato al suelo y dio un puñetazo a la mesa, creando un terremoto que lo notarían hasta en China. – Espero que nunca entiendas el dolor de la pérdida de un hijo. Pero si lo haces, no me pidas compasión. Es lo último que vas a tener de mí. Mientras mi conciencia esté limpia, el juicio de los demás no me interesa. – Beneharo salió de la habitación recogiendo su chaqueta negra como su pelo y dirigiéndose al cementerio para jamás volver a la casa Bethencourt.

– ¡Acabo de perder a un hijo! – Dijo refiriéndose a Acorán antes de que Beneharo cerrara fuertemente la puerta.

Recordó cuando le creció la barriga como a una embazada al mismo tiempo que a la madre de Acorán estado embarazada de este. Amaba tanto a su sobrino que creyó ser su hijo propio. Era lo único que tenía. Una vez dado a luz, volvió a ser la mujer de menos de sesenta kilos. Al cogerlo en brazos su corazón ardió de amor, sentía que él era para lo que había venido al mundo. Pero, ahora, sin él.... ¿Qué hacía aquí? Demitria lloró tanto por su angustia como lluvia cayó. Las gotas ardían al tacto, era lluvia ácida de un color morado que jamás había visto nadie. La llovía quemaba todo lo que tocaba y a Demitria se le quemaron los pómulos de sus lágrimas derramadas durante horas. El dolor de su pérdida fue tan grande como océanos profundos hay en el mundo.

Después de la muerte de Acorán su mundo no volvió a ser el mismo hasta que tuvo a su primer hijo. Lo quiso tanto como Acorán pero siempre le iba a quedar ese dolor punzante como una espina en el corazón. Era algo que sabía que jamás iba a poder superar junto al dolor que le había creado a su hermano Beneharo. Y es que ella sabía que junto con Acorán, no lo volvería a ver.



## Capítulo II

Fasnia

### *Garbanzas con Tocino*

#### INGREDIENTES

**250 gr. De garbanzas**

**½ de pie de cerdo cocido**

**1 trozo de costilla de ternera**

**50 gr. De panceta**

**4 trocitos de chorizo poco picante**

**1 ajo**

**½ de cebolla**

**Pimiento asado**

**1 zanahoria**

**1 tomate**

#### Manera de hacerse:

*Se coge una hoya y se añade tres vasos de agua y los garbanzos para que se guisen a fuego lento. Se le añaden las patas de cerdo y la zanahoria para que al final quede bien blando y vaya cogiendo sabor. Mientras se hace, se pica cebolla, zanahoria, ajo, pimiento asado y tomate y se vierten en una sartén para que se frían. Cuando esté dorado se le suma al garbanzo ya molido. Cuando se junten se le añade la costilla y la panceta finalmente. También se le puede echar colorante si es de agrado.*

Para cuando Demitria quería pensar las palabras exactas para cuando despertara decírselas a su hermano, la interrumpió su enfermera Guacimara. Pero jamás le importó, su cálida voz la hipnotizaba. La llevaba lejos del dolor y remordimiento de sus pecados hechos en vida.

– Buenos días, señorita Demitria. Hoy está usted hermosa. – Ese comentario la hizo despertar un recuerdo de satisfacción. Algo que extrañaba. – Le daremos de desayunar

y le cambiaremos la ropa, ¿sí? Siento no haber venido la semana anterior, estuve enferma. – Pero para Demitria habían pasado minutos, muy pocos. – Cuénteme, ¿cómo está? Sé que nadie ha venido a verla aún. No importa, estoy yo aquí, junto a usted. – Eso automáticamente le había bajado las defensas. Jamás le habían recordado o dicho que estaban a su lado pasara lo que pasara. – Verá me he dado cuenta de algo. Quizás hoy le den el alta a un hombre que le había dado un infarto en la pedida de mano de su mujer. Y pensé, “veo más amores verdaderos de los aeropuertos y hospitales que en la iglesia. He visto mujeres negras saber más matemáticas que un astrofísico pero no le dan oportunidades por el color de su piel. Hay personas con más amor para dar que los mismos padres de esas criaturas. O que he visto mejores músicos muriendo de hambre en la calle que en conciertos”. ¿Entiende a donde quiero llegar? El mundo está mal repartido, Demitria. Y lo hemos repartido nosotros mal.

– ... En fin, a veces es necesario tener días malos para valorar los buenos. – Y esta última frase hizo temblar de rencor a Demitria. Lo que Guacimara no sabía es que Demitria estaba llena de días malos y ahora valoraba los buenos. Pero para Demitria ya es tarde.

Añoró el olor de aquel hermoso plato que les hacía Nonna en las comidas en familia aunque todos terminaran corriendo para ir al baño después de la comida hasta algunos quedarse sin poder ir al baño dos semanas. Los garbanzos de la casa Bethencourt se olían desde las pirámides de Egipto hasta el fondo de los mares más profundos. Era como un regalo que Dios nos había concedido.

Una noche de invierno a pocos grados, el frío era tan fuerte como una bofetada en la cara. El pueblo cubierto de una manta blanca de nieve se veía tan precioso como una flor en plena sequía. Ya fallecida Nonna, Demitria lo había preparado para su hermana Furgencia que había llegado de un viaje a La Habana con una beca que había ganado por estar en las primeras de la lista de mejores calificaciones en España. Todo estaba listo, salvo la comida, donde Demitria se había esmerado un poco más para causarle la mejor impresión a su hermana pequeña que regresaría después de tres meses. Al llegar a ambas se le hicieron los ojos cristal. Habían bebido tanta agua como hay en el mundo que secaron pantanos, lagos y océanos. Hasta que una vez expulsadas de la emoción, volvieron a llenar hasta las peceras.

Para cuando Furgencia comentaba su viaje y experiencias tan alegre como era ella estaba paliducha así que Demitria le preparó otro plato para que cogiera color en su pálida piel. Había ganado peso y su pelo negro como el de su hermano Beneharo era aún más largo que cuando marchó. Sus ojos eran totalmente reconocibles, llegaban a distinguirla solamente por sus ojos. Pero su fisionomía era mucho más fina y delicada que la de los hermanos mayores. Su nariz era un poco más puntiaguda pero seguía siendo como el resto de su cuerpo, pequeño. No se parecía tanto a Demitria y Beneharo porque decían que había salido a su padre. Un hombre corpulento y con una

nariz alargada y rígida. Y como su físico, su carácter era igual. Reservado y tímido, no discutía no por no meterse en líos, sino por miedo a ser atacada. Era tan indefensa como un conejito en temporada de caza.

Al charlar tanto las patas de cerdo se habían quemado pero pudieron comerse perfectamente. Demitria sabía esconder perfectamente los errores. Hasta que como un rayo en plena oscuridad en una tormenta, Demitria se sorprendió al ver que Furgencia dejó de hablar para mirar muy callada su plato. Demitria no miró más su plato y asustada y casi con un nudo en la garganta corrió a su lado para ayudarla. Pero fue tarde porque para cuando ella le tocó la cara Furgencia salió corriendo al servicio como nunca había corrido. Y Demitria tras ella vio como expulsaba una sustancia negra y tan espesa como una masa de pan sin remover. Demitria a pesar de la repugnación y el olor pésimo, le acercó con serenidad una toalla y agua para que se refrescara la cara. Al sentirse reconfortada y serena volvieron a su lugar favorito, la cocina, pero no a comer de nuevo, sino porque es donde Demitria se sentía tranquila y donde Furgencia le contaría su problema.

– Verás, hermana, al ir el primer mes en La Habana, conocí a muchísimas personas acompañada de mis compañeros de clase. Entre ellos a un joven alto y apuesto. Su pelo era tan suave que hasta la propia suavidad tendría envidia de él. Y sus manos grandes estaban hechas para agarrar las mías. Tenía unos ojos verdes tan profundos que parecían un bosque tapado por la manta del rocío de primavera. Me decía cosas tan dulces, Demitria, que incluso la piedra más dura del planeta podría resquebrajarse. Me enamoré tanto de él como lo hizo mamá Nonna de papá. Pero pronto la luz que encendía en mi interior dejó de brillar y dar calor a mi corazón para sustituirlo por fuego ardiente de rencor y dolor. Resulta que mi amado estaba comprometido. Mi corazón se vino abajo y más porque... – paró la conversación porque rompió a llorar y de repente sus ojos azules se convirtieron verdes. Era un verde tan limpio y claro que quedó embobada. No articulaba palabra y es que Demitria cayó en la cuenta de que esos eran los ojos del joven del que se enamoró. Su piel ardía y su lengua con ella, peor que el volcán del Teide en plena erupción y es que notaba que algo malo pasaba pero aún así la animó a seguir, convencida de que todo estaba bien.

– ¿Qué le entregaste, Furgencia Bethencourt? – pronunció molesta con ella. Pero como era Furgencia nunca se reveló y tampoco estalló de ira porque no había llegado a ingerir del todo lo que le había preparado Demitria.

– Le entregué todo mi amor, Demitria. – dijo con su diminuta voz, temblorosa y asustada por la reacción de su hermana. Mirándola a los ojos verdes, Demitria, estalló de furia. Ella sabía que su amor era como toda mujer su virginidad. De tal enfado e ira a Demitria le salieron espinas en las manos como si de rosas se tratara y cada una de ellas sangraba porque estaba apretando los puños. Se las estaba clavando a sí misma. Su tortura es que sabía que Furgencia estaba embarazada de un hombre cualquiera y

que iba a tener un hijo bastardo. Su familia ya estaba suficientemente mal puesta en la sociedad para que ahora tacharan a su hermana pequeña de prostituta. Sin quererlo, Demitria le dio una bofetada a Furgencia de tal magnitud que la hizo doblarse y apoyarse en la encimera para no caer al suelo. Al girarse, la cara la tenía completamente arañada de líneas rectas, líneas finas. Pero ninguna mostró dolor o compasión. Ninguna pronunció palabra. Y después de eso, ninguna volvería a verse.

Demitria sentada en su pequeña butaca destrozada se apoyó sobre sus manos. Sus codos estaban apoyados sobre sus rodillas, sujetando su cabeza entre sus manos. Arrepintiéndose de no haber visto al pequeño que aunque no se sabía quién era su padre, era su sobrino. Se arrepentía del dolor que le había hecho a su hermana solamente con mirarla con desagrado y es que, allí sola, entendió que ella se había convertido en una de aquellas mujeres falsas y egocéntricas que les importaban lo que pensarán de ellas. Se estaba arrepintiendo del dolor que hizo y sobretodo de lo que jamás pudo decir.

## Capítulo III

Ifara

### *Truchas de batata de cabello de ángel*

#### INGREDIENTES

**1 kg aproximado de batatas**

**100 g. de azúcar**

**Anís estrellado**

**200 gr. De almendras crudas**

**2 paquetes de obleas “La Cocinera” (32 unidades)**

**Ralladura de ½ de limón**

**Canela en polvo**

**Azúcar glas**

#### Manera de hacerse:

*Para empezar se pone a cocer la batata en trocitos con 1 o 2 de aní estrellado. Cuando la batata esté tierna, se escurre y se machacan junto con el azúcar y esta mezcla se reserva para después. Se doran las almendras crudas en aceite y se pican. Se les añade una copita de anís para seguidamente mezclarlos bien. Se incorpora toda esta pasta a la batata, incorporando también la ralladura de limón y la canela. Se vuelve a remover hasta que quede bien mezclado. Mientras tanto se desbloquean las obleas y se rellenan con la masa y se cierran como si se tratara de una empanadilla. A continuación, se pone a calentar aceite de oliva suave y se doran las truchas. Se pasa un papel absorbente y se les pone por encima espolvoreado azúcar glas.*

Para despejarla, justo a tiempo llegó Guacimara con su cena. Demitria después de haber estado dos meses y medio allí, su única compañía eran su enfermera y sus recuerdos.

– He visto que estás un tanto inquieta. Te he preparado un caldo, pero no sé si podrás saborearlo. En fin, – Demitria sonreía sentada, mirando hacia arriba, escuchándola,

sabía que sus “en fin” significaban una nueva historia. – He estado pensando en la educación de los niños a finales de este año. Creo que los estamos educando muy mal. Le enseñamos la teoría pero jamás llegamos a la práctica. El otro día aprendí algo de los aviones que me sorprendió. Estaba hablando con un piloto y me dijo que muchos de sus pasajeros piensan que volar es peligroso. Pero él me dijo que es mucho más peligroso cuando está en tierra. Y le pregunté, “¿Qué?”. Y me dijo que en tierra el avión empieza a oxidarse, fallar y deteriorarse mucho más rápido que cuando está volando. Y tiene sentido porque los aviones están diseñados para volar. Y las personas fueron creadas para volar como ellos y arriesgarlo todo pero siempre alzando la vista.

De qué sirve tener tantos pájaros en la cabeza si ninguno sabe volar. – A Demitria le dio la impresión de que hasta ella había sido ese avión que se había oxidado, porque la sentí sonreír. Para cuando quise seguir oyéndola, ya se estaba despidiendo. Pero esta vez le estaba dando un beso en la frente. Demitria se impresionó agradablemente. Le gustaba la sensación cálida de su tacto aunque ella no supiera que Demitria lo notaba. Se sentía querida después de tantos años.

Después de tantos años con su ex marido. Siliaco era un hombre corpulento, fuerte y valiente. No necesitaba halagos porque era un hombre como su padre reservado y tímido. Era perfecto para la vida de Demitria. Sus ojos eran azules, un azul mucho más oscuro, muy profundo y en el que se veía reflejada Demitria. Él solo tenía ojos para ella. Hasta la guerra...

Cuando se alistó Para ir a la Guerra Civil Española a combatir con el bando republicano, creía que jamás volvería. Pero se equivocó, regresó magullado y con cicatrices, pero había llegado a casa. Lo que más le dolió a Demitria es que no había llegado él, había llegado lo que quedó de él. Siliaco tomaba drogas para sentirse alejado del dolor de haber perdido a sus compañeros y familiares, algo que realmente le pasó factura. Envejeció gradualmente según bebía alcohol y tomaba drogas. Se volvió áspero y seco, no sonreía y no gesticulaba palabra alguna. Pero lo que nunca le quitó la guerra fueron sus modales: Jamás tocó a su mujer ni a sus hijos, vivió muerto durante muchos años. Hasta que en la cena de su cumpleaños los dos se sentaron en la mesa junto a sus hijos Ubay un joven chaval de mayoría de edad de ojos tan claros como su madre y una figura como la de su tío Beneharo, decidido y valiente; y su pequeña hija, Esmeralda, que había sacado absolutamente todo de la abuela Nonna, menos por su ojos color verde, y de ahí, su peculiar nombre. En la comida, como hacía años, nadie hablaba, al sacar las truchas e ingerirlas él y su mujer ya que los pequeños no las llegaron a tomar, notaron un sabor demasiado dulce. Los dos recordaron las maravillas que hicieron de jóvenes, las locuras y todas las escapadas para verse. De un momento a otro repasaron sus vidas solamente mirándose a los ojos, una sucesión de hechos increíbles y que de la excitación les dejaba sin aliento que coger.

Pronto acabaría todo eso, en el momento en el que Siliaco recordaría la carta que mandó desde la guerra a su amada mujer. Y con ese recuerdo, se le acabó de un momento a otro la pasión rememorada. Volvió a hundirse, a estar igual de pálido y dejar de mirar a los ojos de su esposa para mirar las truchas. La dejó en el plato y se frotó los ojos amenazando con llorar. Su esposa no dio crédito. Demitria estaba confundida, no sabía qué hacer hasta que dejó las truchas.

Sacó su anillo de comprometida y lo dejó sobre la mesa. Ninguno pronunció palabra, e incluso Ubay arrastró a Esmeralda fuera de allí para darles privacidad.

– Quiero que en treinta días cojas todo lo que tienes, trabajes lo que quieras para subsistir tú solo y te consigas un piso lejos de aquí. No te quiero ver en mi casa jamás. Lo tiraste todo por la borda, Siliaco. – no lo miró, dijo todo muy de carrerilla y lastimada. Verdaderamente le había llegado fuerte.

– ¿Qué? – respondió Siliaco, horrorizado, en lágrimas y con la voz temblorosa, hacía ya muchos años que no se le oía el dolor entre sus labios. Pero él verdaderamente quería a Demitria. “Como la trucha al trucho”

– Quiero que desaparezcas de mi vida. – dijo firme. Quizás a ella también le dolía tanto como a Siliaco, pero con el paso del tiempo y los sucesos Demitria había aprendido a odiarse y arrepentirse. Los dos ya no era ellos mismos y eso les chocó muy hondo.

Sin más palabras, se miraron y el pelo de Siliaco cambió a blanco, su cara estaba llena de arrugas y patas de gallo comenzaron a salir a los lados de sus ojos. Sus orejas se alargaron como el de un señor mayor. Su cuerpo empequeñeció de la pata en su espalda y sus manos envejecieron. Siliaco, del disgusto tan grande, se le había secado todo lo que le quedaba en él. Recogió sus cosas de la entrada y sin mirara atrás salió por la puerta. Ese caballero que salía de la casa jamás regresaría como lo que fue. Y Demitria después de la pérdida de todos ellos tampoco volvería a ser la misma.

Ella ya no estaba viviendo, estaba sobreviviendo.

Ubay la estaría esperando en la entrada del salón de brazos cruzados. Se le veía deprimido y con ganas de arrebatarse los sentidos del cuerpo. No quería creer lo que había pasado. Y su madre al recoger la mesa se dio cuenta de que Ubay había cenado las garbanzas que había hecho para la tía Furgencia.

– ¿Cómo puedes ser tan rastrera, mamá? Lo dio todo por ti y por la familia, te quiso como a nadie y tú solo lo dejaste de querer porque no puede vivir sabiendo que vio morir a sus compañeros. Dejó esta familia por tu culpa, porque seguro que lo tenías casado, como a todos los que están contigo. ¡Destruiste esta familia, como todo lo que tocas! – estalló Ubay tirando un pequeño jarrón al suelo. Sus poros sudaban de la ira y



su mirada irradiaba fuego. No era él quien hablaba. Demitria solamente se dedicó a llorar y esperar a que calmara su enfado, pero nunca lo hizo.

– Esmeralda y yo nos vamos, estoy seguro de que no te dolerá. Parece que todo lo que tienes lo quieres tirar a la basura. No dejaré que le hagas daño a Esmeralda también. – Y con eso dicho, cogió sus maletas y las de su pequeña hermana y marcharon para nunca volver.

De pronto, la casa estaba ensombrecida, no quedaba nada ni nadie y hacía frío, pero no en la casa... sino dentro de su corazón. Había perdido todo lo que le quedaba y a quienes más quería.

## Capítulo IV

Anaga

*Cóctel Gloria*

### INGREDIENTES

*4 cl. De triple seco*

*3 cl. De licor de plátano*

*3 cl. De jarabe de naranja*

*Jarabe de goma*

*Azúcar*

*Colorante alimenticio azul*

#### Manera de hacerse:

*Picas tres piedras de hielo y se mezclan antes de que se derrita con el licor de plátano y el jarabe de naranja. Se ponen dos platos, uno con azúcar blanca y otro con jarabe de goma y añadimos el jarabe de goma con el colorante azul. Finalmente se agita en la coctelera durante diez segundos y se sirve.*

Demitria meses después aún no había ido nadie a visitarla ni siquiera sabían que estaba allí. Su tristeza se notaba cuando ya no guardaba ningún nutriente después de comer y es que su dolor era más grande que sus ganas de comer. La sacó de sus pensamientos Guacimara. Entró en la habitación viendo su palidez y sus ojos rojos de no llegar a descansar mentalmente nunca. Guacimara era una mujer negra directa, sin remordimientos y una muy buena amiga, así que ayudó a Demitria una última vez para que decidiera qué camino quería escoger, porque como los cócteles que tomaba Guacimara todas las noches los sábados, todo puede cambiar de color.

– Aprende a asumir tus errores, Demitria. No te quedes esperando a que alguien los soluciones solamente lamentándote de ti misma, sé valiente como seguramente lo era tu madre y afróntalos. No es la muerte lo que asusta a las personas, es llegar al final de sus vidas, dándose cuenta de que raramente nunca llegaron a vivir. Hay un estudio en

este hospital en el que preguntaban a ancianos como yo, a punto de dar su último aliento, que cuál era su mayor arrepentimiento. Todos contestaron lo mismo. No se arrepentían de las cosas que habían hecho, sino de las cosas que nunca hicieron. De las veces que no se arriesgaron o de los sueños que no persiguieron. La vida no es trabajar, Demitria, esperar al fin de semana, pagar el alquiler. ¡No! Se trata de encontrar tu función en esta vida. Martin Luther King nunca tuvo un sueño, el sueño lo tenía a él. El dolor te hace ciega y te convierte en un “quizás debería” y eso es letal. Si aprendes de tus errores, quizás obtengas resultados mejores. Recuerda siempre, Demitria, no hay montañas planas, y si quieres llegar a la cima debes escalar y luchar por caminar esa superficie. La vida es dolor, pero solo tú puedes elegir qué tipo de dolor es, si el dolor es el camino al éxito o el dolor de estar arrepentida. Tírate de esa montaña, pero no caigas, sino despliega tus alas y vuela como los aviones.

No puedes volver atrás y crear un nuevo comienzo, pero puedes empezar ahora y crear un nuevo final. – Acariciando la cabeza de Demitria, ella había soltado una lágrima del color del dolor, negra, para luego soltar otra del color de la felicidad y sabiduría, verde.

Lágrimas de todos los colores brotaron de ella e incluso lo que era oscuridad se transformó en un arcoíris. Su silla ahora era nueva igual que su alma y es que todo el mundo debe aprender a perdonarse y a pedir perdón. Sus lágrimas caían al suelo dibujando un cuadro como los de Picasso, sin sentido pero hermosos. La enfermera sonrió porque sabía que por fin había conseguido lo que quería, que Demitria descansara.

Finalmente, Demitria dejó de llorar para despertar, sus hermosos ojos como el mar azul la miraban fijamente, y reconoció la voz que había estado oyendo en ese agujero negro durante meses en coma. Demitria gesticuló las palabras “gracias” para que de un momento a otro su cuerpo se iluminara tan brillante como una bombilla, su bombilla preferida, como una estrella. Se le iluminaron desde las puntas de los dedos hasta su pelo negro azabache y era algo tan magnífico que solo los que tenían una vista tan bella como la de Guacimara apreciarían eso. Al final, brilló con tanta intensidad que la dejó ciega por segundos y de repente Demitria ya no estaba ahí, había desaparecido y con ella su dolor. Por fin descansaría en paz. Pero antes dejaría una carta, que había escrito en la oscuridad donde estaba encerrada, recordándole lo mucho que le agradecía todas esas palabras e historietas. Que pidiera perdón a cada uno de los que le hizo daño por ella. Demitria finalmente marchó al otro lado, o a otra vida y comenzaría de nuevo.

Y es que aquello que hagas hoy puede cambiar todos los mañanas de tu vida.